

y luego la vida en manos de sus soldados que le asesinaron creyéndose vendidos, y Biron sin combatir ni poco ni mucho vió correr á su ejército al grito de traición, dejando en manos de los enemigos tres cañones, siete furgones y un centenar de prisioneros. Lafayette á pesar de tener 30.000 hombres



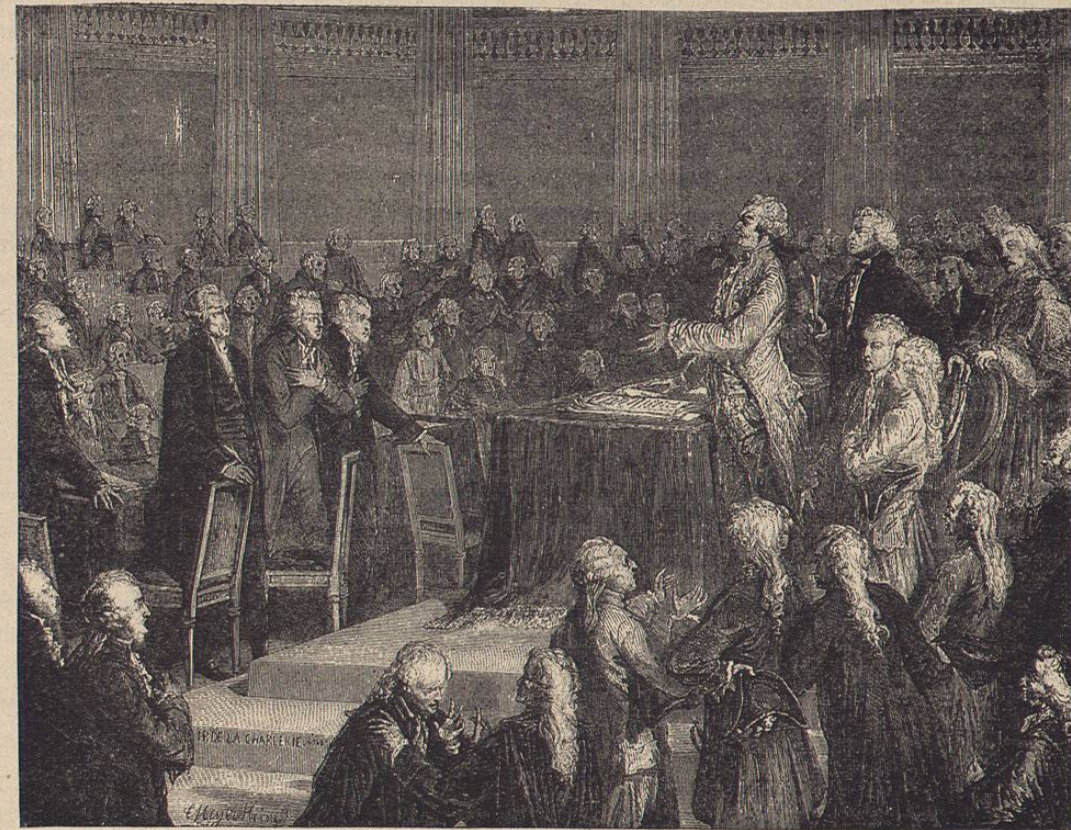
DUQUE MONTPENSIER

no se movió. Motivo, pues, más que sobrado había en Berlín para reirse del que llamaban el ejército de los abogados. Y como si esto no fuera bastante Montesquiou tuvo que hacer público que sus treinta mil hombres si existían estaban tan esparcidos que había de necesitar aún muchos días para concentrarlos. Es decir, que en el momento de emprender la tan deseada guerra, no aparecen en parte alguna

ni generales que sepan mandar, ni soldados capaces de obedecer. ¿Había paralizado la traición la acción de los generales? ¿El grito que lanzaban los soldados era justificado? No, dice Sybel. Sí, decimos nosotros.

Sybel tiene razón cuando dice que la traición no estaba en los generales, y podía añadir, ni en los soldados, pero estaba en la oficialidad que deserta-

ba en masa, pues en masa escapó la de un regimiento del cuerpo de Lafayette, y cuando desde la corte se escribía al conde Mercy, al gobernador austriaco de Bélgica que es por donde empezaba la guerra «que se procurase sobre todo dar un buen golpe á Lafayette, á fin de que una derrota vergonzosa hiciera desaparecer ese fantasma constitucional,» esto nos dice que esa misma corte había de hacer



El rey acepta y jura la Constitución

traición en todas partes. ¿Y quién era el que esto escribía? El comité austriaco de París que nadie conocía pero que los patriotas denunciaban todos los días. Quien escribió á los generales austriacos que procurasen derrotar de una manera vergonzosa á Lafayette y ya sabemos lo que esto significa, es Montmorin, cuya triste suerte hemos lamentado, pues este con Delessart y otros formaban al lado de los reyes el verdadero y oculto gobierno de Francia. ¡Cómo extrañarnos de que las venganzas fueran crueles al conocerse tan grandes crímenes contra la patria! Existía, pues, la traición. La traición existía en todas partes, y como en todas partes se sentía, nada más natural que la exasperación pública.

Degraves, el ministro de la guerra, comprendió que debía retirarse del gobierno después de los percances sufridos y que atribuía á verse metido Dumouriez á dar órdenes, y los girondinos hicieron que le reemplazase un hombre de mérito, el coronel Servan, que entró en el ministerio el día 20 de Mayo de 1792. El día antes Roland presentó á sus colegas la minuta de una comunicación al rey que no pudo hacer aprobar. Roland quería que el rey supiera que se acusaba ya públicamente á la reina de haber formado con Montmorin y Delessart lo que se llamaba el comité austriaco. En efecto, Carra, periodista girondino, á quien pretende desautorizar Sybel diciendo que según él había sido injustamente condenado á dos años de cárcel por



robo con fractura, lo que hubo de ser así, pues luego ocupó puestos de confianza en palacio, denunció nominativamente á los dos ex-ministros. La acusación esta la sostuvieron Brissot y Gensonné en los Jacobinos y luego fué á la Cámara en donde naturalmente hubo de fracasar por falta de pruebas materiales, pero bien se comprende que cuando hombres tan importantes y autorizados, y á quienes no guiaba animosidad personal alguna contra los denunciados, habían de ser de toda evidencia para la nación entera.

Servan estaba convencido de que la ridícula entrada y salida de las tropas de Francia en Bélgica, era la obra de la traición y de la desorganización del ejército. Así, se propuso trabajar activamente para disponerlo todo de una manera que pudiera inspirar seguridades de éxito, uniéndose estrechamente á los ministros de Gobernación y de Hacienda, esto es, á Roland y Claviere que eran los que habían de procurarles todos los recursos, es decir, los hombres y el dinero. Este triunvirato disgustó tanto á la corte como á Dumouriez que se veía ya bloqueado por los tres patriotas. La corte y Dumouriez resolvieron desde luego librarse de Servan y de sus compañeros.

Este estado de guerra pública y de guerra secreta entre la corte y la nación, entre los reyes y sus ministros, había de traslucirse de mil maneras que por lo insidiosas naturalmente habían de producir exaltados acuerdos. La Asamblea resuelta ya á dominar la situación por la fuerza, dictó el 27 de Mayo un decreto por el que se disponía que cuando veinte ciudadanos activos de un cantón pidieran que un cura refractario fuese expulsado del reino, si el consejo del distrito lo aprobaba, el directorio del departamento debía de actuar sobre la marcha de la ejecución. Esta resolución propuesta por Guadet era, sin duda alguna, brutal, y sólo la pueden excusar la exaltación de los tiempos, así es necesario que estos no se olviden, y luego veremos como es injusto declamar contra esas funestas leyes de excepción, que el mismo Dumouriez creyó que debían aprobarse al intentar el golpe de Estado. Tras esta disposición, siguió la del día siguiente, por la que se decretó que se licenciase la guardia real que constaba de 1.800 hombres naturalmente elegidos con sumo cuidado, declarando á la vez procesado á su comandante, al señor de Cossé-Brissac á quien se acusaba de traidor. La Asamblea, como se ve, continuaba provocando á los enemigos de la revolución. Tal vez los reyes pensaron resistir al decreto que licenciaba su guardia, pero no se atrevieron, y aquellos 1.800

hombres en quienes tanta confianza tenían y que tantas esperanzas habían hecho concebir, fueron licenciados, pero de la manera falaz con que se procedía en la corte, esto es, se continuó pagando los sueldos para que estuvieran prontos á acudir á donde el rey los llamara. Ahora bien, ¿cómo no se pensaba en la corte que entre tantos hombres habría á lo menos un traidor para denunciar un acto cuyo alcance no se podía ocultar á los patriotas?

Servan, pues, resolvió crear en París un cuerpo de ejército sobre cuya fidelidad pudiera contar ciegamente la Asamblea, y que además pudiera servir para reforzar las tropas de la frontera en caso de necesidad, y al efecto propuso que acudieran á la celebración del 14 de Julio cinco hombres ó guardias nacionales de cada cantón de Francia, lo que daban 20.000 hombres. Este proyecto encontró desde luego la más terrible oposición en todas partes. Los feullants en la Asamblea y en el Club se pronunciaron en contra de él, conocían el espíritu de la provincia y no querían que fueran á París 20.000 hombres á las órdenes de los girondinos. Por esta misma razón Robespierre declamaba en los Jacobinos contra dicho llamamiento, porque veía á sus rivales hacerse sobrado fuertes, mas éstos se vengaron llamándole vendido al comité austriaco que era de todas las acusaciones que se podían dirigir á su fanatismo político la menos verosímil. La guardia nacional por conducto de su estado mayor, protestaba de un acto que parecía significar una desconfianza, pero Servan y los girondinos se mantuvieron firmes, y la Asamblea votó el 8 de Junio la proposición de Servan. El rey reservó la sanción de este decreto, como se había reservado la que aún se esperaba relativa á los sacerdotes refractarios. Ibase, pues, amontonando las nubes, de cuyo seno había de surgir el rayo.

Servan dió también órdenes terminantes al bravo Luckner, de que entrara otra vez en Bélgica debiendo apoyar su movimiento Lafayette, Luckner obedeció y penetró hasta Menin, pero viéndose abandonado por Lafayette que no se movió, tuvo que retroceder. En efecto, Lafayette no sólo había desobedecido al ministro y comprometido á un compañero y á su ejército, sino que declaró terminantemente que no atacaría á los austriacos hasta tanto que en París se hubiese impuesto el orden y el respeto debido á los reyes, seduciendo á la general obediencia á los jacobinos, en quienes veía el general el brazo de los girondinos. Estos no podían, pues dudar que estaban envueltos por una red que cada vez iba estrechándose más y más y resolvie-

ron no dejarse encerrar por ella. Fué la señora de Roland la que decidió á los ministros girondinos á terminar una situación que podía serles fatal, comprometiendo delante de la oposición. En efecto, Servan, Roland y Claviere, se sentían vigilados y vendidos por Dumouriez, y resolvieron acabar con éste. El ataque principió quitándole los fondos secretos de su ministerio y de cuya inversión tenían motivos para recelar. El general hubo necesariamente de sentirse de la ofensa, y por poco surge una cuestión personal entre Dumouriez y Servan. Pero se había conseguido desenmascarar á Dumouriez, quién en el ardor de la discusión, se mostró enemigo de los republicanos y partidario decidido de los reyes, y por consiguiente, resolvieron los girondinos acabar con un hombre peligroso, pidiendo su destitución al rey. Por su parte Dumouriez determinó lo mismo, pero los girondinos querían dejar sentado que habían sido expulsados del gobierno por no haberles querido dar el rey seguridades de su sinceridad constitucional, y al efecto le enviaron una carta escrita por la señora de Roland, suplicando al rey se uniera sincera y lealmente á la Constitución y desechara toda idea de fuerza, pues el movimiento general de Francia contra los que atacasen á París y á la Asamblea sería tan temible como irresistible, y ya está dicho, que esta carta por su franqueza hubo de exasperar á los reyes, quienes mandaron á llamar inmediatamente y á toda prisa á Dumouriez. Cuando éste estuvo presente, le dijo la reina:

—«¿Creéis que el rey debe soportar por más tiempo las insolencias de Roland y de sus colegas?»

—»No, señora,—le respondió;—es necesario que el rey se deshaga de sus ministros.

—»No es esta mi intención,—contestó el rey.—Pues quiero que vos quedéis y que me libréis de esos tres facciosos.»

Dumouriez se declaró pronto á obedecer al rey, pero le previno que era preciso que sancionase los dos decretos relativos á los curas refractarios y á los 20.000 hombres aún cuando él los había combatido. El rey dijo que todo se arreglaría, sancionó el llamamiento de los 20.000 hombres y destituyó á los tres ministros; á Servan el 12 transmitiendo su cartera á Dumouriez. El 13 recibieron sus dimisorias Roland y Claviere, pero como éstos previeron su destitución, se lo participaron por adelantado á la Asamblea, y Roland hizo más, envióle la carta que había dirigido al rey. La Asamblea por su parte no solo decretó que los tres ministros destituidos merecían su confianza y la de la nación, sino que

ordenó que la carta de Roland al rey se imprimiera y enviara á los ochenta y tres departamentos.

Dumouriez fué acogido en la Asamblea de una manera destemplada, siendo inútil el apoyo que le prestaron los feullants. Comprendió que se recelaba demasiado de él y pensó en imponerse dando una prueba de su liberalismo. Al efecto, corrió á las Tullerías en busca de la sanción del decreto relativo á los curas refractarios, pero el rey le contestó que por ahora no se podía decidir á sancionarlo. Dumouriez se vió con esto traicionado por el rey, y cuan necesario le era correr delante de la catástrofe que la corte le preparaba; así, sin vacilar un momento, envió al rey su dimisión y se marchó al ejército de Lafayette en donde se buscó un hueco. El gobierno de Dumouriez había durado dos días, del 13 al 15 de Junio. Con este acto Dumouriez reconquistaba todo su antiguo ascendiente, pues su resolución decía claro á todos que había sido engañado.

El mismo día en que Dumouriez se retiraba del ministerio, dice Sybel: «Lafayette inflexible en sus odios, dirigía á los jacobinos una especie de declaración de guerra, que principiaba diciendo que, después de la caída de los tres girondinos, no se podía tolerar por más tiempo la existencia escandalosa de Dumouriez, teniendo en cuenta que era menos excusable y más peligroso que los mismos girondinos. Esto era quemar las naves, por su irritación contra la Gironda, Dumouriez, se había mostrado dispuesto á exponer su vida por la monarquía, pero, después de la victoria, quería su parte de la recompensa, y no estaba dispuesto á sacrificarse por una idea que pisoteaban sus defensores. Conocía su fuerza, veía acercarse el momento de la crisis; así se marchaba al campamento con la convicción que hombres más inteligentes que Lafayette le llamarían, á despecho de toda aversión, tan pronto tuviesen necesidad de él. En cuanto á Lafayette, debía muy pronto aprender á sus expensas lo que había ganado insultando á Dumouriez.»

Digamos algunas palabras sobre el estado de la Hacienda; la hemos visto siempre tan quebrantada, que ha de sorprendernos que gente tan ilustrada como los girondinos y hacendistas como Claviere y Cambon, empujaran á la guerra en medio de un desastre financiero tan grande como el que venía conllevando Francia durante todo el siglo XVIII.

Treinta y dos millones habían costado las cuatro primeras semanas de campaña, pues en realidad, como lo demostró Cambon, se habían gastado noventa, y claro está, que por excesivo que fuera este gasto, mayor daño causaba al erario la paralización